



AVISO LEGAL

Artículo: Latinoamérica : integración y utopía

Autor: Vitier, Cintio

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 6, año VII, núm. 42 (noviembre-diciembre de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Vitier, C. (1993). Latinoamérica: integración y utopía. *Cuadernos Americanos*, 6(42), 112-128. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LATINOAMÉRICA: INTEGRACIÓN Y UTOPIA*

POR *Cintio VITIER*
ENSAYISTA CUBANO

REFIRIÉNDOSE, SEGUN SUS PROPIAS PALABRAS, a la "heterogeneidad" del "mosaico geohistórico" precolombino y a la "acción" en él "de la cultura hispánica", la historiadora mexicana Beatriz Ruiz Gaytán ha dicho muy sintéticamente: "Hablamos de un gran quebrado con varios numerales (lo prehispánico) y un común denominador (el posdescubrimiento)". Con tan sencillo símil matemático se nos advierte que la primera integración americana, llevada a cabo por la violencia, la astucia y la codicia, fue la hispánica. A partir de ella, surgidas muy pronto las contradicciones entre la Metrópoli, sus colonos y sus descendientes ya identificados con la nueva tierra y sus problemas, el proyecto independentista propone una integración autóctona, criolla, pero su resultado será contradictorio: se afianzan las nacionalidades prefiguradas en la Colonia. Descubrir la organicidad de la nueva fragmentación tiene que ser el fundamento de la tercera y definitiva integración, que ha de basarse en una identidad o constelación de identidades que es al

* Mucho deben estas páginas a la lectura de varios trabajos presentados en el Simposium "Ibero-América 500 años después; identidad e integración", celebrado por la Cátedra de América Latina en la Universidad Nacional Autónoma de México en julio de 1991, y especialmente a las contribuciones de Leopoldo Zea ("Problemas de identidad e integración en Latinoamérica"), Beatriz Ruiz Gaytán ("El conocimiento de la historia como obstáculo y posibilidad de la integración e identidad latinoamericana") y Juan Antonio Ortega y Medina ("La vocación americana de Alfonso Reyes"). Las citas indicadas proceden del número 29, correspondiente a septiembre-octubre de 1991 de *Cuadernos Americanos*, n. e., México, donde se recogen dichas ponencias, con las cuales estas páginas dialogan. [Estos artículos fueron recogidos en el libro *Iberoamérica 500 años después. Identidad e integración* México, UNAM, 1993 (*Cuadernos de Cuadernos*, 3). Nota del editor].

mismo tiempo el proceso histórico generador de Iberoamérica y su utopía.

En realidad la utopía forma parte estructural de la historia americana desde la llegada de los europeos. No parece haber habido una concepción utópica integracionista en las culturas prehispánicas, aunque sí concepciones utópicas relativas a cada una de ellas, principalmente las de Mesoamérica y la región andina. La conquista española, en que la aidez explotadora y la mentalidad utópica típica del Renacimiento se mezclaron, fue sin duda el primer impulso integrador del continente americano, al que ya Américo Vespucio llama, como unidad geográfica, Nuevo Mundo. Pero aquella integración, que Martí llamó una "civilización devastadora",¹ presuponía la destrucción y la suplantación de las culturas indígenas. Lo primero que integró a América, entonces, fue la humillación y el sufrimiento; fue, en verdad, su propia desaparición, la de su faz autóctona. No ocurrió esto, desde luego, sin una fuerte y tenaz resistencia que en algunas regiones continuó durante toda la colonia. Utopía y expoliación hispánicas más resistencia y sufrimiento indígenas fueron, pues, los primeros factores integracionistas del Nuevo Mundo, por primera vez así concebido.

Pero si era un Nuevo Mundo, caracterizado fundamentalmente por el mestizaje a que resultaba propicio un conquistador con ocho siglos de transculturación islámica, tenía que separarse al cabo del Viejo Mundo. El segundo gran paso dialéctico de este proceso será la lucha contra la dependencia hispánica, la lucha por la independencia protagonizada, ya no por los imperios indígenas (que a su modo, no lo olvidemos, también lo eran) sino por la clase emergente de los criollos letrados. Para esa lucha se consideró necesario buscar modelos alternativos al hispánico, ya desacreditado por su rezago histórico en la propia Europa: el modelo inglés, el francés y finalmente el yanqui.

Leopoldo Zea ha resumido magistralmente las características del intentado "cambio de identidad", frente al cual, observamos, José Martí se mantuvo proféticamente solo. En efecto, apunta Zea, el grito independentista de "¡Seamos como la Inglaterra de la Revolución Industrial! ¡Seamos como la Francia de los derechos del hombre!..." implicaba el tener que ser distinto de lo que se era; dejar de ser hispanos, iberos e incluso latinos, para poder ser como

¹ José Martí, *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-, t. 7, p. 98.

los hombres que estaban levantando naciones al norte de esta América y al otro lado de la Europa occidental. Implicaba, también, “ser educados en las filosofías en que se habían formado los hombres prácticos de la civilización, en el positivismo, el utilitarismo y el pragmatismo”, a lo que se añadía la necesidad de traer “a esta América gente nueva que hiciera por ella lo que otros inmigrantes habían hecho por los Estados Unidos”. Contra esta ideología de supuesta salvación (“Seamos los yanquis del sur”), mantenida por tan eminentes próceres como Justo Sierra en México y Sarmiento y Alberdi en Argentina, Martí, no obstante asumir la liberación de Cuba de la colonia española, combatió tanto la hispanofobia, matriz del anexionismo, como el positivismo, filosofía de las nuevas Metrópolis; en sus crónicas norteamericanas expresó reservas frente a la invasora inmigración europea, y sentó las bases de una revolución autóctona en su discurso exaltador y crítico sobre Bolívar: “¡Ni de Washington ni de Rousseau viene nuestra América, sino de sí misma!”.²

Esa mismidad, esa identidad, esa autoctonía histórica, ya no podía prescindir de la levadura hispánica que la había conformado incluso como rebeldía, pudiéramos decir, protoplasmática: “El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fue un rebelde”.³ De este modo Martí no cae en la trampa del pretense “cambio de identidad”, y mucho menos para entregarse al modelo yanqui, y no meramente porque este modelo fuera distinto del ya inservible modelo hispánico, sino porque era negador de nuestra identidad, la única que teníamos, la hispanoamericana, con la que tendríamos que entrar en el presionante espacio de la modernidad, concebida por él como una modernidad *otra* o alternativa de la triunfante y pragmática: una modernidad que pusiera la justicia por encima del éxito y que fuera capaz de enderezar el progreso hacia la realización de las esperanzas latentes en nuestras raíces míticas y utópicas. Es por ello indiscutible que Martí hubiera visto la guerra que Estados Unidos declara a España en 1898 como, según testimonio Leopoldo Zea, fue vista por América Latina: “como una agresión a ella misma”. Ofuscada en lo inmediato por el equívoco “liberador” de aquella guerra, obra maestra de hipocresía política, es explicable que, muerto Martí, Cuba no viera con absoluta claridad lo que él había previsto en carta a Gonzalo de Quesada en

² OC., t. 8, p. 244.

³ OC., t. 6, p. 137.

1889 y en su carta-testamento a Manuel Mercado: el peligro de que “se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.⁴ Casi un siglo después Leopoldo Zea viene a recordarnos cómo aquella guerra intervencionista, destinada a inaugurar el imperialismo norteamericano en relevo del español, fue vista por América Latina como “agresión a sus propias expresiones de identidad, hecha al mundo del que se sabía parte”. Y nos recuerda palabras memorables (no todas las suyas lo son) de José Vasconcelos:

Las derrotas de Santiago y de Cavite y Manila son nuevos instantes, pero lógicos, de las catástrofes de la Invencible... El conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo... Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo, en nuestra época, pugna de instituciones, de propósitos y de ideales.

A lo que añade Zea que 1898 significó para América Latina su reincorporación a “la identidad de los pueblos iberos al otro lado del Atlántico”, mientras en España provocó el rechazo de lo americano y la búsqueda de una nueva incorporación a Europa, todo ello avalado con oportunas citas de Unamuno, Pío Baroja y Ortega. En este punto, sin embargo, nos parece que Zea olvida la interacción de Modernismo y Generación del 98 que renovó y profundizó la presencia de América en España tanto como la de España en América. A los nombres citados sería pertinente añadir, por lo menos, el de Rubén Darío, portavoz de una nueva integración américo-hispana de raíz latina que en el ámbito literario tuvo intensa resonancia española desde Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado hasta la Generación del 27 y aún más acá, mientras los maestros españoles del 98, especialmente Ortega, fueron acogidos e influyeron en nuestra cultura con toda libertad, sin visos ya de coloniaje.⁵ Tal interacción, a nuestro juicio, preparó el camino para lo que Zea llama “un nuevo reencuentro” de España

⁴ OC., t. 4, p. 167.

⁵ De especial significación resulta la nota escrita por José Lezama Lima con motivo de la muerte de Ortega en las últimas páginas del último número de *Orígenes* (1956), donde leemos: “Ya hoy lo podemos complacer, pues le acaba de llegar la gracia de la complacencia trascendente, ya le podemos decir Ortega el americano. La extrañeza del americano en el idioma, su voluntariosa o soterrada desconfianza de las palabras, hasta que una a una se decide a descubrirlas, a desgarrarlas en cada instante germinativo, estaba vivaz en él. Sabía que no podía disfrutar del idioma en blanda siesta, sino apoderarse de él como una conquista, como un comienzo...”

con América Latina: el provocado por la Guerra Civil Española. Sin duda el país más beneficiado por la llamada "España peregrina" fue México. En cuanto a Cuba, a propósito de la estancia entre nosotros de Juan Ramón Jiménez, he dicho en otro lugar que ningún suceso conmovió tanto la sensibilidad cubana, después de la frustrada guerra de independencia y la también frustrada revolución antimachadista, como la Guerra Civil Española, ante la cual la intelectualidad insular tomó conciencia de la opción ideológica que le correspondía frente a la amenaza fascista, mientras centenares de voluntarios anónimos, emblemáticamente representados por Pablo de la Torriente Brau, iban a combatir y a morir por la República española. La voz más profunda de aquella República, de aquella España, María Zambrano, años después confesaría que había sentido a Cuba como su "patria prenatal".⁶ La España peregrina, ya sólo conquistadora de espíritus libres, encontraba en Cuba, la "Cuba secreta" de la reminiscencia y la proyección utópica, la patria anterior al nacimiento fáctico. América era también, podía ser también, la Madre Patria de España. Esa última y desgarrada identificación es la que sentimos en *España aparta de mí este cáliz*, de César Vallejo.

Tal género de relaciones espirituales, con su dialéctica de encuentros, desencuentros y reencuentros, es sencillamente impensable no sólo con el poder imperialista norteamericano, sino aun con

No apetecía la tradición como disfrute, sino el disfrute de una tradición matinal, reciente, descubierta. Primera de sus hazañas: frente a la mortandad del verbo hispánico de sus comienzos, levantarse a la eficacia conquistadora del idioma. Por eso subrayamos la verdad esclarecedora de José Gaos cuando nos dice: 'su par habría que elegirlo, a mi parecer, entre los máximos prosistas hispanoamericanos, que pertenecen al período posterior a la independencia de estos países'. Y más adelante, sumando la americanidad unamuniana: "No sólo había disfrutado en su juventud la palabra de áureos ramos almenadrinos del 'indio divino', sino que había leído a los cronistas de Indias, en su afán de aunar la palabra que extrae con la aventura del paisaje de nueva tierra firme. Años antes Unamuno se encontraba con Martí, y tenía que descubrir allí que dos de las mejores tradiciones españolas, el barroquismo de esencias y el misticismo, se encontraban de nuevo en su llegada americana. Ortega el americano, Martí y Unamuno, primer triunfo, de nuevo en el idioma. Plenitud que comienza por nacer de una frustración, de un reojo de desterrado'. Por otra parte, completando y equilibrando las reacciones europeizantes y aun germanizantes aducidas por Zea, Leczama recuerda una declaración fundamental de Ortega sobre la colonización americana: "Para mí es evidente que se trata de lo único verdadero, sustantivamente grande, que ha hecho España".

⁶ Cf. María Zambrano, "La Cuba secreta", en *Orígenes*, núm. 20 (1948), pp. 3-4.

lo mejor de la cultura surgida bajo ese sistema. Para empezar, no existe en este caso la única conquista de la que no podemos renegar: la que Martí llamara "la conquista de la familia".⁷ El hecho de ser descendiente de españoles tanto como de indios y africanos establece el vínculo irrompible que posibilita esa dialéctica histórica. Nada semejante puede decirse acerca de nuestras relaciones con los frutos, mejores o peores en el campo cultural, del segundo imperialismo que nos ha tocado sufrir. Como observa también Beatriz Ruiz Gaytán: "En nuestro proceso histórico, después de la independencia, pasamos del espacio y el tiempo histórico de un imperialismo integrador y permanente asentado (el español) al de un imperialismo desintegrador, intermitente e intervencionista (el norteamericano)". Un imperialismo, en suma, que en nada ha contribuido ni contribuye a nuestra identidad e integración sino a la destrucción de ambas. Ya Arnold Toynbee, citado por Zea, en su *Estudio de la Historia*, apuntó que "el Occidente ha acorralado a sus contemporáneos y los ha enredado en las mallas de su ascendiente económico y político, pero no los ha desarmado *todavía* de sus culturas distintas. Apremiados como están, pueden *todavía* considerarse dueños de sus almas, y ello significa que la contienda de concepciones no se ha decidido *aún*." El mayor peso de estas observaciones, relacionables con las mencionadas de José Vasconcelos acerca de la pugna entre sajonismo y latinidad, nos parece que está en la reiteración del adverbio *todavía*, que implica el advertir de parte de "Occidente" (hoy encabezado por Estados Unidos) la intencionalidad, aunque no sea declarada ni del todo consciente, de que sus víctimas un día no lleguen a ser dueños de "sus culturas distintas", de "sus almas". Zea opina que "el mundo occidental no necesita de la subordinación del alma para imponer y ampliar sus propios y peculiares intereses. Le bastan los cuerpos de la gente que ha de explotar con su trabajo, sus propias riquezas en beneficio de sus dominadores". No lo creemos así. Toda explotación lleva su ideología. Si la evangelización fue ideologizada al servicio del Estado-Iglesia español estudiado por Fernando de los Ríos, las transnacionales llevan consigo una "evangelización" de nuevo cuño: el modelo norteamericano de modernidad (con su consecuente *postmodernism* de última hora) diseminado por el mundo, y especialmente por el llamado Tercer Mundo, mediante medios masivos de difusión indetenibles. La diferencia está en que mientras la

⁷ OC., t. 1, p. 194.

evangelización cristiana portaba en su doctrina valores capaces de engendrar la rebeldía contra la explotación de que era instrumento (de lo que fueron primeros ejemplos fray Antón de Montesinos y el padre Bartolomé de Las Casas), la 'evangelización' mercantil del *american way of life*, abrumadoramente impuesta sobre el mundo, fuera del ámbito socioeconómico y cultural que lo engendró, sólo puede ofrecer la desintegración, el descreimiento, el vacío. No es cierto, pues, que a este nuevo imperialismo no le interesen nuestras almas. Al contrario, aún sin saberlo, nuestras almas le estorban. Las desconoce, las desprecia, para utilizar exactamente el verbo que utilizó Martí en su carta-testamento cuando se refirió al "Norte revuelto y brutal" que a los pueblos de nuestra América "los desprecia".⁸

Que hay, que puede haber, *otro Norte*, también es verdad. Quizás la mayor semejanza entre las dos Américas está en que las dos, hasta la fecha, se han frustrado: una por haber jugado todas sus cartas al éxito material y egoísta la otra, por no haber sabido conjugar sus inspiraciones propias con el ritmo histórico mundial; las dos, por no haber realizado los ideales de sus fundadores y la alianza honrada entre ellos. El día que, simbólicamente, como signo de una reconciliación grandiosa, "el guerrero magnánimo del Norte" dé su "mano de admirador, desde el Pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del Sur",⁹ tal como lo imaginó Martí en México en 1875, la fraternidad de las dos Américas será posible, pero nunca antes: este "antes" que vivimos en vísperas del siglo XXI y en que, frente a las iniciativas supuestamente integracionistas de Estados Unidos, siguen vigentes las advertencias de Martí en sus conclusiones sobre la Conferencia Monetaria Internacional de 1891:

A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas.. Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. . Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos... Dos cóndores, o dos corderos se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero .. Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve... Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesita menos, al que lo desdeñe menos.¹⁰

⁸ OC., t. 4, p. 137.

⁹ OC., t. 6, p. 133.

¹⁰ OC., t. 6, p. 158-160.

Estas advertencias y prevenciones, más justificadas hoy que nunca antes, no significan sin embargo una cerrazón y hostilidad fanáticas, sectarias, de nuestra parte. Al "latinoamericanismo" habría que suprimirle el "ismo" y dejarlo en "latinidad" o "latinoamericanidad"; como al "catolicismo", a efectos políticos, dejarlo en "catolicidad", es decir, universalidad. Lo primero que habría que decir del proyecto latinoamericano es que no es latinoamericano, que está abierto a la diversidad de todas las expresiones culturales y a la unidad fundamental del hombre. Si Bolívar dijo que somos "un pequeño género humano" fue porque nos veía como ensayo de lo que podría ser *todo* el género humano. Inmediatamente después de sus máximas formulaciones antiimperialistas de 1889-90 y de las que figuran en "Nuestra América", Martí finaliza esta proclama de identidad e integración poniéndonos en guardia contra un latinoamericanismo mal entendido y proponiéndonos la única fórmula omnicomprensiva del problema, sacándolo del estrecho y peligroso campo de la antropología positivista y de los chovinismos aldeanos para replantearlo lisa y llanamente en el terreno que le corresponde: el de los desarrollos históricos paralelos y desiguales, condicionados por factores circunstanciales, pero también por la razón y la voluntad de los hombres:

No hay odio de razas, porque no hay razas... [En] la justicia de la Naturaleza [lo que resalta es] la identidad universal del hombre. Peca contra la Humanidad el que fomenta y propague la oposición y el odio de las razas... Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menor favor de la historia, suben a trancos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de desconocer los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental.¹¹

No se trata, pues, de un problema biológico (de "razas" opuestas) ni mucho menos teológico (de concepciones religiosas diferentes), aunque no puedan negarse rasgos y propensiones originales, características, de las dos Américas: rasgos, propensiones, características, todas hijas de las historias diversas, a las que Martí dio también su lugar, y muy especialmente en el discurso "Madre

¹¹ OC., t. 6, pp. 22-23.

América''. Pero lo fundamental es que, como escribió con el pie ya en el estribo de la "guerra nueva" (nueva sobre todo porque era en él conscientemente a favor también de lo mejor de España y de Norteamérica):¹² "Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer".¹³ "Porción de la humanidad", "pequeño género humano": de lo que se trata no es de forjar ni proponer un modelo, salvo que ese modelo —sustancia de la utopía y la esperanza— sea el único libremente aceptable por todos, el de la justiciera identificación, reconocimiento y re-integración del hombre mismo, diverso y uno.

Que estamos soñando, ya lo sabemos, pero sólo es posible soñar en este mundo sujeto a la historia; por lo tanto algún vínculo tiene que haber entre el sueño histórico y la historia real. Ateniéndonos ahora a ésta, se nos ofrecen tres perspectivas de exploración y análisis: la de nuestras relaciones con el pasado indígena y el aporte africano; la de nuestras relaciones con la historia de España; la de nuestras relaciones con la historia de Norteamérica. La primera perspectiva implica lo que hemos llamado "el devenir del pasado", la comprobación de que en la auténtica historia, la que no es mera crónica factográfica, en rigor no hay "pasado" sino lo que podríamos llamar instancias del presente o presentes subordinados. El tiempo histórico (curiosamente, como el poético) siempre está vivo, lo cual no significa, según observara Alfonso Reyes, que "todo lo que ha existido" funde "verdadera tradición", ya que "los errores, tanteos y azares de la naturaleza y de la historia no merecen ciertamente el acatamiento del espíritu". Aplicando este criterio concretamente a la valoración actual de ciertas manifestaciones rituales de la cultura azteca, dijo también:

Nadie se encuentra ya dispuesto a sacrificar corazones humeantes en el ara de divinidades feroces, untándose los cabellos de sangre y danzando al son

¹² "El cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia" (*Manifiesto de Montecristi, OC.*, t. 4, pp. 97-98). "Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo", Carta a Federico Henríquez y Carvajal, Montecristi, 25 de marzo de 1895, *OC.*, t. 4, p. 111).

¹³ *OC.*, t. 5, p. 468.

de leños huecos. Y mientras estas prácticas no nos sean aceptadas —ni la interpretación de la vida que ellas suponen— no debemos engañarnos más ni perturbar a la gente con charlatanerías perniciosas.¹⁴

Cierto que tales prácticas, como en otro contexto y con otro sentido las inquisitorias de la Edad Media europea, fueron consecuencia de la apropiación política que hiciera el poder dominante, de creencias religiosas puras, en este caso de los nahuas primigenios, tal como los han estudiado Miguel León-Portilla y Laurette Sejourné. El autor de *Visión de Anáhuac*, el que a sí mismo se llamó “el más piadoso de los mexicanos”, ciertamente no ignoraba la raíz indígena que quiso extirpar el invasor ibérico, pero que a la postre se mezcló a su sangre y, según Beatriz Ruiz Gaytán, condicionó e influyó sus pasos históricos mucho más de lo que suele suponerse; como tampoco regateó Reyes, más allá del innegable genocidio, los valores intrínsecos de lo ibérico en cuanto “magna herencia” nuestra: “De lo ibérico —escribe— no podría prescindirse sin una espantosa mutilación”, porque lo ibérico (en contraste con “algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento”) “tiene en sí un valor universal”, en cuanto es, a su juicio, “una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaborada por el pueblo más fecundo de que queda noticia”.¹⁵ Ya Martí —combatiente sumo contra la Colonia y amorador de lo raigal hispánico como el que más— desde su juventud había precisado que de los españoles “hubimos brío, tenacidad, histórica arrogancia” y que de los indios tenemos —coincidiendo en esto con Reyes— “amor a las artes”, a más de “constancia singular, afable dulzura, original concepto de las cosas”.¹⁶ Originalidad, altivez, lujo natural, imaginación, color, ornamento, primor, esbeltez,¹⁷ son rasgos que Martí discierne y subraya en el alma indígena americana. Pero a la luz del profundo estudio realizado por Laurette Sejourné del humanismo náhuatl

¹⁴ Citado por Juan Antonio Ortega y Medina en “La vocación americana de Alfonso Reyes”, en *Cuadernos Americanos*, n. e., núm. 29 (1991), pp. 60-61.

¹⁵ *Ibid.*, p. 61.

¹⁶ Martí, *OC.*, t. 7, pp. 117-118.

¹⁷ En mi trabajo “Nuestra América en Martí” se ilustran estas observaciones martianas, así como las correspondientes a los aportes afroamericanos: epicidad, plenitud natural, musicalidad (cf. *Temas martianos*, segunda serie, Centro de Estudios Martianos, 1982, pp. 95-98).

descubrimos una sorprendente y prodigiosa coincidencia con el humanismo martiano, que va mucho más allá de esa amorosa enumeración de rasgos asumidos, y consiste en “la fusión dinámica de dos fuerzas motrices que se unen raramente: mística de superación individual de una parte, incansable voluntad de acción sobre el mundo, de la otra”.¹⁸ ¿No fue a su vez el Siglo de Oro español el de los grandes místicos y el de los grandes conquistadores? ¿No habrá en esta dualidad o contradicción que España no pudo resolver y que Mesoamérica y el Imperio incaico estaban intentando resolver, un secreto vínculo, una inesperada afinidad espiritual que, al mezclarse las sangres y culturas hizo de este mestizaje algo más que un azar? ¿No habría una americanidad “prenatal” de España, como intuyó individualmente María Zambrano, y una posibilidad hispánica de lo indígena americano, que incluso a través de la tragedia hizo posible una integración que el mero mestizaje de sangres no parece explicar? Hablamos de ocultas afinidades entre culturas tan dispares, cuyos ejes profundos se bifurcan análogamente en dos direcciones que no pueden unirse pero coexisten: mística individual, conquista trascendente, por un lado, y por el otro, acción sobre el mundo exterior, voluntad conquistadora de la tierra. Sustanciar estas conjeturas no está por el momento a mi alcance. Sólo quiero recordar, además de acercamientos sorprendentemente admirativos de españoles típicos de su siglo como Bernal Díaz del Castillo y Alonso de Ercilla al mundo indígena, esta observación de Ruiz Gaytán sobre los indios:

Sabemos también lo que se les impuso, pero ¿qué hay de lo que ellos impusieron? No la “trampita” de un Tezcatlipoca escondido detrás de un santo cristiano; no el pan de yuca o de maíz que se impone sólo por el gusto o por el hambre; lo que impusieron con su presencia, con su peso histórico, con su específica cultura y en la misma derrota y destrucción.

Esto ayudaría a dar al indio un papel como factor influyente en el pensamiento imperial europeo, con todo lo que éste conlleva: administración, educación, derecho, política, etcétera. No es sólo el indio al que se le hacían cosas, sino el indio que con su cultura, su personalidad, su contenido ético o su sentimiento religioso, fue capaz de influir en los llegados de Europa.

También estas afirmaciones, como nuestras conjeturas, tendrían que ser demostradas satisfactoriamente. En todo caso “los llegados de Europa” a que alude la historiadora, ya que se está refiriendo precisamente a “los vencidos del altiplano mesoamericano

¹⁸ Laurette Sejourné, *El universo de Quetzalcóatl*, México, FCE, 1962, p. 173.

y de los Andes Centrales'', eran los españoles. Nada semejante puede siquiera conjeturarse acerca de un posible influjo de los indios de Norteamérica sobre las instituciones de sus devastadores de origen anglosajón, que sin embargo asumieron la música afroamericana con tanta fuerza como en Brasil y en toda la cuenca del Caribe, fenómeno de ningún modo equiparable al señalado por la mencionada autora, quien habla en términos institucionales de ''administración, educación, derecho, política''. Para que en tales materias sea posible recibir la tácita influencia de los vencidos, responder de algún modo ''a los requerimientos —casi siempre mudos— de los indígenas'', tiene que haber, más allá o más acá de la fractura histórica y la tragedia cultural, alguna vía profunda de entendimiento a nivel de valores implícitos comunes. No haber descubierto y reconocido esos y otros valores debajo de formulaciones simbólicas diversas, fue la falla mortal de la evangelización, pero con esa falla no terminaba la historia, ni la evangelización, tal como fue, dijo su última palabra. De hecho el peso de lo indígena ha seguido gravitando poderosamente, como el posterior y más visible de lo africano transculturizado, en los procesos coloniales, independentistas y neocoloniales de Latinoamérica, sin que pueda preverse la capacidad de regeneración histórica de la ''raza vencida'' de América, que no es ciertamente la negra, vigorosa, creativa y danzante sobre los restos de sus cadenas. Para esa regeneración, en la que Martí creía y la consideraba necesaria para echar a andar de veras a América, España no es ya un obstáculo. ''Por ello no tiene sentido —observa con harta razón Leopoldo Zea— enarbolar leyendas negras estimuladas por intereses que buscan hacer olvidar su actual y propia leyenda negra''.¹⁹

• De los Estados Unidos, hasta donde hoy puede alcanzar la vista histórica, no cabe esperar ningún beneficio para nuestra integración continental, como no sea el de su declarada o solapada hostilidad, que puede disfrazarse de engañosas iniciativas más o menos filantrópicas, y frente a la cual la unión latinoamericana, como se ha dicho también con razón, ya no es un sueño sino una imperiosa necesidad de supervivencia. Y cuando decimos Estados Unidos, en este caso, nos referimos igualmente a sus aliados europeos, a su vez en franco proceso de integración defensiva, y a esa superpotencia

¹⁹ Véase sobre este tema el magnífico ensayo de Roberto Fernández Retamar, ''Contra la leyenda negra'' (1976), incluido en su libro *Calibán y otros ensayos*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1979.

sin rostro, árbitro y verdugo de los pueblos subdesarrollados, que se nombra Fondo Monetario Internacional. En cuanto a España, curada de sus delirios fascistoides de "reconquista" y por fin admitida en la "casa común europea" con patrocinio yanqui, esperamos siempre que no olvide su compromiso americano, el más profundo y trascendente de su historia, como lo es el nuestro con ella; que no olvide, a más de los vínculos de sangre y cultura, que "España y Latinoamérica han pertenecido al mismo espacio geográfico-histórico durante la misma etapa", y que esa etapa se inició con la entrada juntas "en la historia y en la geografía universales", es decir, en la modernidad, cuyo liderazgo *nos* fue arrebatado por otros más interesados en repartirse dividendos que en otorgarle o descubrirle un sentido a la historia. Porque es de esto de lo que en última instancia se trata. Prima hoy en Occidente un creciente escepticismo acerca del "sentido", significación o razón de ser profunda de la historia, y una invasora convicción acerca de que la vida de los pueblos, como la de los individuos, sólo tiene que regirse y preocuparse por el mejor acomodo posible dentro de las circunstancias objetivas. Ahora bien, suprimida toda consideración ética (pues la ética pertenece al ámbito del "sentido"), ese "mejor acomodo" carece de límites: los más poderosos lo serán cada vez más y los más débiles, si no quieren ser definitivamente arrasados (cosa que tampoco conviene a los más poderosos, pues se benefician de sus recursos y su mano de obra barata), deben resignarse a ser piezas lo mejor engrasadas posible del engranaje general. Llega Occidente a las puertas del segundo milenio de la era cristiana, que se inició con la esperanza mesiánica de una redención universal, proclamando el fin de las utopías, el fin de las revoluciones y el fin de la historia en cuanto camino teleológico del hombre. *Lasciate ogni speranza*, escribe Occidente en los calcinados muros del Tercer Mundo, sin ver que son también sus propios muros, y que el infierno tecnológico que se está preparando a la postre no será menos terrible que el infierno de los que Fanon llamara "los condenados de la Tierra". También con tecnología, egoísmo y mediocridad se puede construir un excelente infierno.

La verdadera identidad de América Latina no es la suma cualitativa de sus acumulados históricos y culturales. Ésta constituye su premisa indispensable, en la que va implícita una proyección utópica que es a la vez su prenda de universalidad. "Utopía" significa, etimológicamente, 'lugar que no existe'. Así fue nombrada, como sabemos, la República dichosa e imaginaria descrita por

Tomás Moro. Con su habitual realismo sanchesco el Diccionario de la Lengua define la utopía como "plan, proyecto, doctrina o sistema halagüeño, pero irrealizable". Con el grano de locura que no puede negársele a Colón y a los conquistadores, ellos preferían llamar a lo irrealizable, irrealizado. Antes de ser descubierta por y para ellos, aún creyendo que descubrían otra tierra y con otro nombre, América era el lugar que para ellos existía (como esperanza) y no existía (como realidad). Lo mismo, en principio, podía suceder con El Dorado, La Ciudad de los Césares o La Fuente de la Juventud, lugares inexistentes que generaron un épica fantástica y asombrosas exploraciones geográficas. Decir que la utopía americana fue inútil es desconocer la raíz de nuestra historia, que al convertirse de historia de la dependencia en historia de la liberación continuó nutriéndose de proyectos utópicos, depurados ya de la codicia de los conquistadores. Los conquistadores de la dependencia y la esclavitud dieron paso a los conquistadores de la independencia y la libertad: en ambos casos la utopía jugó su verdadero papel, que no es realizarse fácticamente deteniendo la historia, sino impulsándola "plus ultra", siempre más allá de sí misma. Tal es el papel a que no debe renunciar Latinoamérica si no quiere perder su identidad. idéntica a su vocación de justicia y por lo tanto a su vocación de universalidad. "La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra",²⁰ dijo Martí a propósito de cuestiones económicas, que para él eran, como en realidad son, cuestiones espirituales. Mientras no se espiritualice la economía, el mundo será una selva. Ya lo es: una selva tecnológica. Dos opciones ofrece Occidente: las comunidades de intereses regionales y la democracia. Las dos serán aceptables si las comunidades regionales viven y actúan en función de la comunidad universal, y si la democracia deja de ser la hoja de parra de los países hegemónicos, fundamentalmente, hasta ahora, Norteamérica. Pero comunidades y supuestas democracias con explotación, no van a resolver nada. Latinoamérica no puede limitar sus objetivos, como lo está haciendo Europa, a una integración meramente defensiva. Ello es necesario y urgente, sin duda, pero de modo tal que no nos resignemos a sobrevivir protegidos por la injusticia.

También nosotros somos la América de Lincoln, la de lo mejor de su pueblo, su inteligencia y su sensibilidad; también nosotros somos Europa; también nosotros somos África; también noso-

²⁰ José Martí, *OC.*, t. 6, p. 160.

tros somos Asia. “La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos, y de abominar todo lo que los aparte”.²¹ Pensar y vivir “con entrañas de humanidad”²² es nuestra vocación. La utopía de la fraternidad universal, de “la paz igual y culta”²³ para todos, no es nuestra utopía, es la utopía del hombre. Pero nuestra peculiar situación de vanguardia del Tercer Mundo, a las puertas de la capital del capitalismo, si logramos asumirla sin traicionar los ideales de nuestros fundadores más profundos y de más largo alcance —como los “cuatro” héroes de nuestra utópica, no retrospectiva, *Edad de Oro*: Bolívar, Hidalgo, San Martín, Martí—, nos confiere una especial responsabilidad en esta línea de trabajo, llamémosla así. Precisamente por tomar conciencia de nuestras características históricas y de nuestros comunes intereses regionales, debemos comprender que el patrocinio integracionista no puede venirnos de la Metrópoli mercantil que nos desvirtúa y desustancia, sino de nosotros mismos. Integrarnos sólo podremos a partir de nuestra identidad, inseparable de nuestra vocación universalista, irreductible al crudo pragmatismo de las razones de mercado como *ultima ratio*. Unirnos para resistir; resistir para crecer; crecer para contribuir al “equilibrio del mundo” de que hablara Martí: tales son nuestros deberes. Si los cumplimos, cumpliremos con nosotros mismos y con todos “los hombres de buena voluntad”.²⁴

Respondiendo a una encuesta sobre la conmemoración del V Centenario tuve ocasión de esbozar las siguientes distinciones acerca del concepto y la función de la utopía, con las cuales quiero finalizar estas páginas.

No sólo nuestra América tiene futuro, sino que en verdad es lo único que tiene. Su pasado y su presente estuvieron siempre saturados de futuridad. La futuridad es el tiempo histórico de Iberoamérica; la utopía, su verdadera identidad. Pero hay que distinguir. El utopismo europeo, sobre todo el inglés, partiendo de la *República* de Platón, tiene más un sentido crítico y reformista de la sociedad vigente que realmente esperanzador y revolucionario. La intención última de las utopías de Moro y de Bacon, por ejemplo, es conservadora: se trata de imaginar modelos de

²¹ OC., t. 6, p. 153.

²² OC., t. 4, p. 110.

²³ OC., t. 6, p. 161.

²⁴ Esa expresión evangélica figura fundacionalmente en el Artículo 1º de las Bases del Partido Revolucionario Cubano, aprobadas en Cayo Hueso el 5 de enero de 1891 y proclamadas en Nueva York el 10 de abril de 1892.

perfección posible, aunque irrealizable, para poner de manifiesto las imperfecciones de la sociedad en que se vive. El utopismo ibérico, al que extrañamente parecen corresponder algunas concepciones mitológicas precolombinas, tiene siempre una raíz profética. El mismo Colón, en el inextricable enredo de sus lecturas, sueños y ambiciones, el principal impulso utópico lo recibió de Isaías 60: 8-9.²⁵ A esa raíz profética se añade una obstinada voluntad de encarnación histórica, que en su primera formulación, la de los conquistadores, se tornó una especie de mística del oro físico, y en su con-versión ya liberada de codicia, la de los sucesivos fundadores de nuestra identidad, se tornó la utopía entrañable de la redención social. El delirio de posesión utópica fue uno de los factores más sombríos del atroz despojo americano. Por inversión o reestructuración dialéctica, como ha sucedido tantas veces en los saltos cualitativos de nuestra cultura, el utopismo profético de encarnación histórica transformó lo negativo en positivo, el sueño demencial de Pizarro en el sueño liberador y unificador de Bolívar. Ninguna relación, a nuestro juicio, con los "sueños" de Moro y Bacon, no obstante la influencia del primero sobre Vasco de Quiroga, estudiada por Silvio Zavala. El Dorado, en Bolívar, será la América Unida; la Fuente de la Juventud, en Martí será la América Nueva. Unión de intereses y destino, qué duda cabe, pero ante todo unión de lo que Martí llamara "el alma continental", vocada a la justicia para *todos* los hombres, y en esto consiste la mayor novedad americana: en que [como ya apuntamos] su proyecto no es su proyecto sino la utopía que late en el corazón de todos los hombres dignos de serlo. Sería bueno, por ello, no "regionalizar" excesivamente las estrategias de nuestras posibles soluciones, no dejarnos tentar una vez más por el calco europeo, no caer ahora, por ejemplo, en la mimesis de una nueva Comunidad tan aliada a la injusticia que en nada contribuya al "equilibrio del mundo". Nuestra identidad no ha de ser salvada como una prenda perdida, porque ella consiste en ser creada día a día. Si el futuro ha de ser de los pueblos y no de los imperios, para lo cual sí creo que existen fuerzas sociales y espirituales suficientes, nues-

²⁵ "¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas?/ Ciertamente a mí esperarán las islas, y las naves de Tarsis desde el principio, para traer tus hijos de lejos, su plata y su oro con ellos, al nombre de Jehová tu Dios, y al Santo de Israel, que te ha glorificado" (Is: 60: 8-9). Cf. Julián Orbón, "Tarsis, Isaías, Colón", en *Islas* (Universidad Central de Las Villas), núm. 1 (septiembre-diciembre 1958), pp. 7-25.

tros caminos tienen que alejarse cada vez más de los patrones hegemónicos y dirigirse cada vez más, no hacia "el lugar que no existe", la utopía europea o yanqui, sino hacia el tiempo y el lugar que siempre nos espera y nos sustenta: la invencible esperanza de encarnación histórica. Esperanza planetaria, que es la única nuestra.